

Fig. 6.8. *Tamaño medio de las explotaciones agrarias en 1982.*

Si todos estos rasgos se conjugan para alejar al agricultor norteamericano de la tradicional imagen del campesino apegado a la tierra, aproximándole en cambio a la de un verdadero empresario agrario, la penetración que hoy se observa por parte de las grandes empresas capitalistas en el sector contribuye a completar el panorama esbozado. Aunque el fenómeno es ya antiguo, ha adquirido una dimensión nueva desde los años sesenta, particularmente en Estados Unidos, donde en 1980 se contabilizaron cerca de 30.000 sociedades anónimas vinculadas a estas actividades, de las que unas 5.000 se incluían entre las de grandes dimensiones, con un volumen de ventas siempre superior al medio millón de dólares (Dorel, G., 1984, 41). En cuanto a su organización, suelen integrarse por lo común en grandes firmas nacionales que controlan determinados sectores agro-industriales, concretamente los de mayor rentabilidad, muy relacionados con el incremento de la demanda que se registra en ciertos alimentos de calidad (frutas y legumbres, hortalizas, vino, carne de vacuno y lácteos, caña de azúcar...). Si la orientación de sus producciones resulta, pues, altamente selectiva, lo mismo puede decirse de su localización, que adquiere particular importancia en regiones como California, donde se apoya en una mano de obra abundante y barata procedente en su mayor parte de la sobreexplotada inmigración clandestina desde México, cifrada anualmente entre 100.000 y 300.000 personas (Jones, R. C., 1982, 77), o Florida, donde el fenómeno es más reciente.

Notable interés geográfico posee también la distribución de los usos del suelo agrario. Excluyendo las regiones septentrionales y occidentales del Canadá, ocupadas por la tundra o el bosque boreal, y de algunos sectores áridos o montañosos de Estados Unidos (la superficie agrícola supone el 7 % y el 50 % de cada país, respectivamente), el

resto del territorio, desde ALSAMA-San Lorenzo a la frontera mexicana y la costa del Golfo, aparece organizado en grandes áreas especializadas en las que, a partir de las ventajas comparativas que establecen las condiciones del medio y la proximidad a los mercados, se distribuyen las diferentes actividades agrarias, con una amplia representación del monocultivo en cada una de ellas. No obstante, esta clásica organización en *cinturones agrícolas* homogéneos, generadores de intensos flujos de mercancías hacia los diferentes mercados nacionales e internacionales, y dispuestos de norte a sur y desde la costa hacia el interior, con predominio de sistemas extensivos del tipo *dry farming*, ha evolucionado en los últimos tiempos, tanto por una progresiva diversificación de las producciones que limita los riesgos ecológicos y económicos inherentes al monocultivo, como por una intensificación y adaptación progresiva a la evolución de la demanda de alimentos, aunque sin alterar las señas de identificación esenciales (fig. 6.9).

El primero de ellos es el cinturón lechero (*dairy belt*), extendido desde el estuario del San Lorenzo, a la región de los Grandes Lagos y Nueva Inglaterra, que constituye el área con un sistema de explotación tradicionalmente más intensivo. A partir de un clima húmedo y de temperaturas estivales relativamente bajas, y teniendo en cuenta que aquí se localizan los principales mercados urbanos de ambos países, se ha desarrollado una marcada especialización ganadera orientada a la producción de lácteos y derivados, con un policultivo en el que se entremezclan cereales-pienso, forrajeras y pastos, que en los últi-

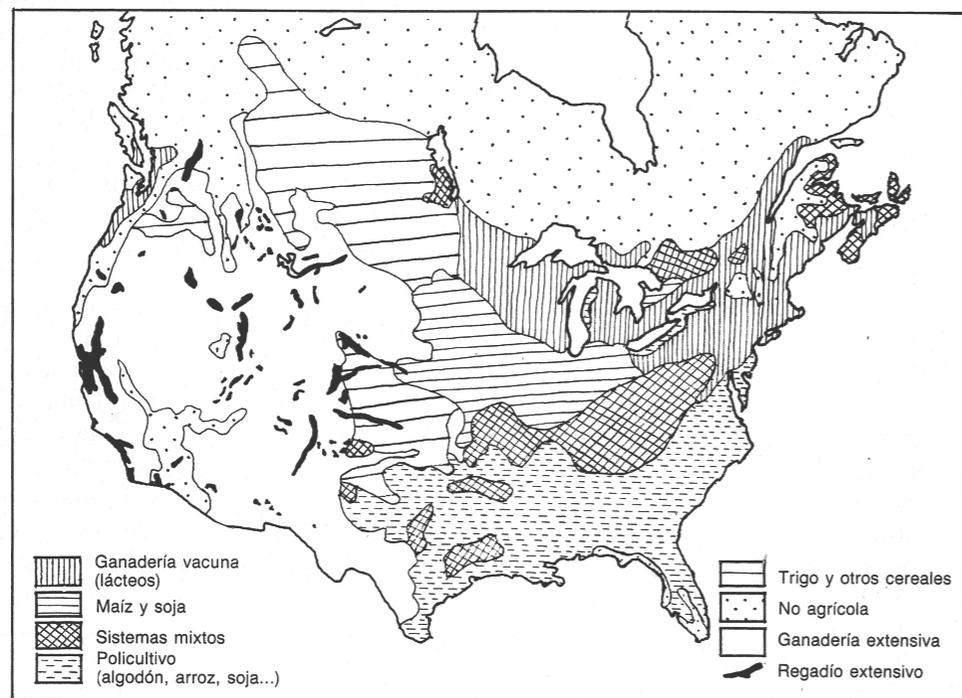


FIG. 6.9. Usos del suelo agrario.

mos tiempos han conocido una notable expansión en detrimento del porcentaje de tierras arables. La misma presión de la demanda ha permitido el mantenimiento de cinturones hortícolas periurbanos de carácter muy intensivo, pese a la competencia creciente de las regiones meridionales. El área Vancouver-Portland, en la costa del Pacífico y con un típico clima templado oceánico, constituye una región de importancia secundaria debido a su aislamiento relativo y un mercado propio mucho más limitado.

Al sur de este primer cinturón, allí donde manteniendo una humedad estival suficiente se incrementa la integral térmica y la insolación anual, aparece el cinturón maicero (*corn belt*) extendido desde Iowa y Missouri a Ohio, en el Medio Oeste, con un pequeño apéndice en el sector más seco de la margen canadiense de los Grandes Lagos, en torno a Toronto y Ottawa. Las favorables condiciones climáticas, unidas a los buenos suelos, permiten obtener elevados rendimientos y unos niveles de renta agraria que se cuentan entre los más elevados de ambos países, habiéndose extendido desde los años cincuenta el cultivo de la soja, que hoy comparte el terrazgo agrícola casi en condiciones de igualdad con el cultivo principal, empleándose ambos prioritariamente para la elaboración de piensos que permiten alimentar una cabaña bovina y porcina destinada a la producción de carne, además de exportar en proporción muy elevada. Hacia el sureste (Kentucky, Tennessee, Virginia Occidental), a estos dos cultivos se les une una proporción creciente de cereales secundarios hasta ofrecer un típico ejemplo de sistema mixto agrícola-ganadero, que alcanza las vertientes occidentales de los Apalaches.

Al oeste de estos dos cinturones, y formando un semicírculo en franca regresión superficial desde Alberta y Saskatchewan, hasta Kansas, Oklahoma y el norte de Texas, que tiene como límite occidental el meridiano 100°, se extiende el cinturón triguero (*wheat belt*), en áreas de clima más seco y temperaturas más contrastadas, que impusieron tradicionalmente una explotación de carácter extensivo y largo barbecho, con escasas inversiones en abonado, e intensamente mecanizada (*dry farming*). Al monocultivo sobre inmensas superficies, que abarcaba desde los cereales de primavera dominantes en el sector septentrional, a los de invierno en los Estados meridionales más cálidos, permitiendo escalonar las cosechas, le ha ido sustituyendo una progresiva diversificación de los paisajes agrícolas, tanto por la rotación del trigo con el girasol, como por la extensión del regadío mediante perforación, que ha permitido introducir cultivos como la remolacha.

El cuarto cinturón característico de la agricultura estadounidense correspondía al algodónero (*cotton belt*), afincado en los Estados del viejo Sur, desde Texas y Louisiana, hasta Carolina del Norte, en el que junto a este vestigio de las antiguas plantaciones esclavistas de algodón y tabaco, se sumaba la existencia de áreas hortofrutícolas junto a la costa atlántica. Es éste, sin duda, el que mayores transformaciones ha conocido en los últimos decenios, pues al retroceso del algodón que provocan el desgaste del suelo y la competencia, tanto exterior como interior (California), se ha sumado la posibilidad de implantar otros cultivos más rentables como la soja, el cacahuete o los cereales-pienso en las regiones interiores, acompañando a un evidente desarrollo ganadero, en tanto la costa del Golfo y Florida han conocido una rápida expansión de la horticultura y de una serie de cultivos subtropicales con alta demanda como los críticos, la caña de azúcar o el arroz, cultivados generalmente en grandes explotaciones capitalistas.

Casi la mitad occidental del territorio estadounidense constituye una última unidad homogénea, dominada por los pastos extensivos sobre tierras bastantes áridas que continúan sirviendo como soporte a una cabaña ganadera bovina y ovina destinada a la

producción de carne, en tanto el terrazgo agrícola se reduce a pequeñas franjas regadas junto a los ríos y manantiales que tienen como cabecera los sectores montañosos próximos. Las mejoras tecnológicas y un volumen elevado de inversiones, tanto públicas como privadas, han permitido su expansión constante, que alcanza el máximo desarrollo en el Gran Valle de California, principal área hortofrutícola y vitícola del país, en donde el clima cálido, los bajos costes salariales y las reducidas tarifas del transporte han permitido el desarrollo de grandes explotaciones intensivas que sitúan a ese Estado a la cabeza del país en cuanto a renta agraria total.

En resumen, la evolución reciente de los espacios agrarios norteamericanos no es sino el reflejo de la adaptación a las cambiantes condiciones técnico-económicas que registra el sector, incidiendo directamente sobre la viabilidad de unas explotaciones que orientan toda su producción a la venta en amplios mercados de creciente competitividad. La modificación en el tipo de cultivos relacionada con los cambios en los modelos de consumo alimentario, la defensa contra los riesgos de erosión y degradación edáfica que conllevaba el monocultivo extensivo, o el progresivo aumento en el tamaño de las unidades productivas, responden a ese esfuerzo de adecuación que ha alterado profundamente los paisajes agrarios en el curso de apenas tres décadas, reduciendo la entidad de los tradicionales cinturones, vigentes desde hace más de un siglo, y evidenciando la elasticidad y capacidad de respuesta de unos empresarios agrarios guiados por criterios de estricta rentabilidad y escasamente apegados a cualquier tipo de inercia. Sin embargo, la saturación de los mercados internacionales durante los años ochenta provocó una guerra sin cuartel por parte de los Estados Unidos para mantener su cuota de exportaciones agrarias. Así, la Política Agraria Americana (PAA) reciente ha entablado una guerra comercial sin precedentes con la CEE en el seno del GATT. El problema básico radica en la consolidación del aumento de los rendimientos, que ha motivado la aparición de excedentes estructurales desde antes de la II Guerra Mundial. La respuesta oficial consistió en subvencionar el abandono de tierras (*set aside*), proceso que llegó a afectar a 25 millones de hectáreas en 1972, pero que se redujo a un millón en 1974 a consecuencia de la escasez mundial de alimentos que se produjo en esas fechas. Posteriormente volvió a aumentar hasta los 32 millones de hectáreas de 1984, aunque estos programas no han reducido apenas la producción por abandonarse las tierras de peor calidad. La tensión que genera el mantenimiento de unas rentas agrarias elevadas con unos precios subvencionados para los productos del campo y la presencia de elevados excedentes ha llevado a buscar, de modo creciente, mercados exteriores, lo que explica el actual enfrentamiento con la CEE, habida cuenta, además, de que los costes de producción en la agricultura norteamericana son inferiores a los europeos.

2. LA ESTRUCTURA Y EL DINAMISMO DEL SISTEMA INDUSTRIAL: ¿HACIA LA DISPERSIÓN DE LAS ACTIVIDADES PRODUCTIVAS?

En un sistema económico en donde el principio de libre empresa y de *laissez-faire* han dominado lo esencial de la actividad productiva, la distribución y el dinamismo de los espacios industriales estuvieron caracterizados durante casi siglo y medio por la progresiva concentración en un fragmento reducido del territorio, la jerarquización y especialización crecientes de los centros fabriles que permitieron consolidar un sistema industrial progresivamente integrado, y una creciente vinculación exterior en forma de

sum
de e
por

esc:
cion
gen
gui
pro
la e
trat
de
fáb
efe
pla
des
del
lad
die
fic:
las
de

pa
cip
for
del
ext
ad
gú
tur
ric
pr:
co

sa
lle
ce
so
pc
ri:
de
la
se
ci
ra
ca